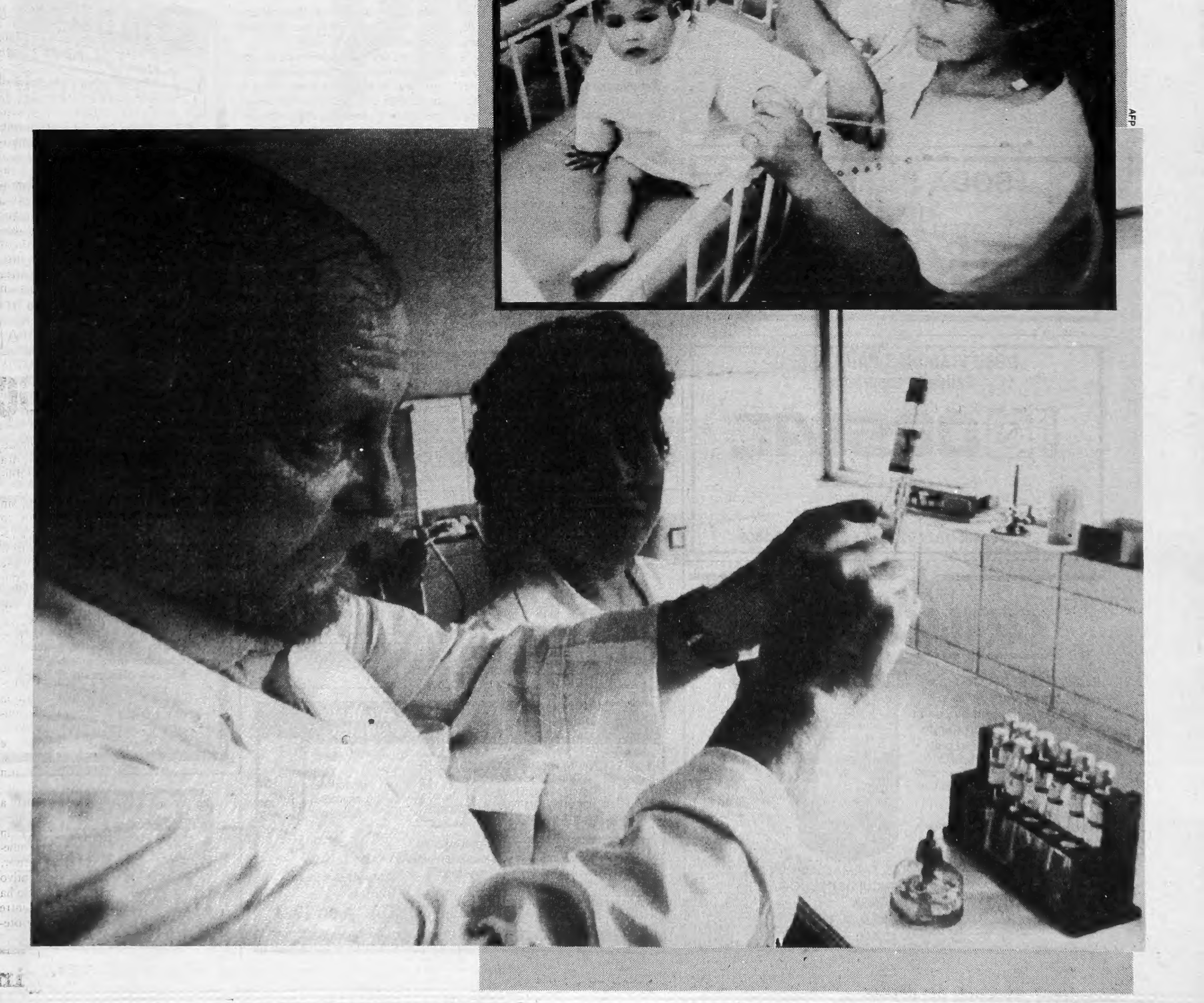
COLERA

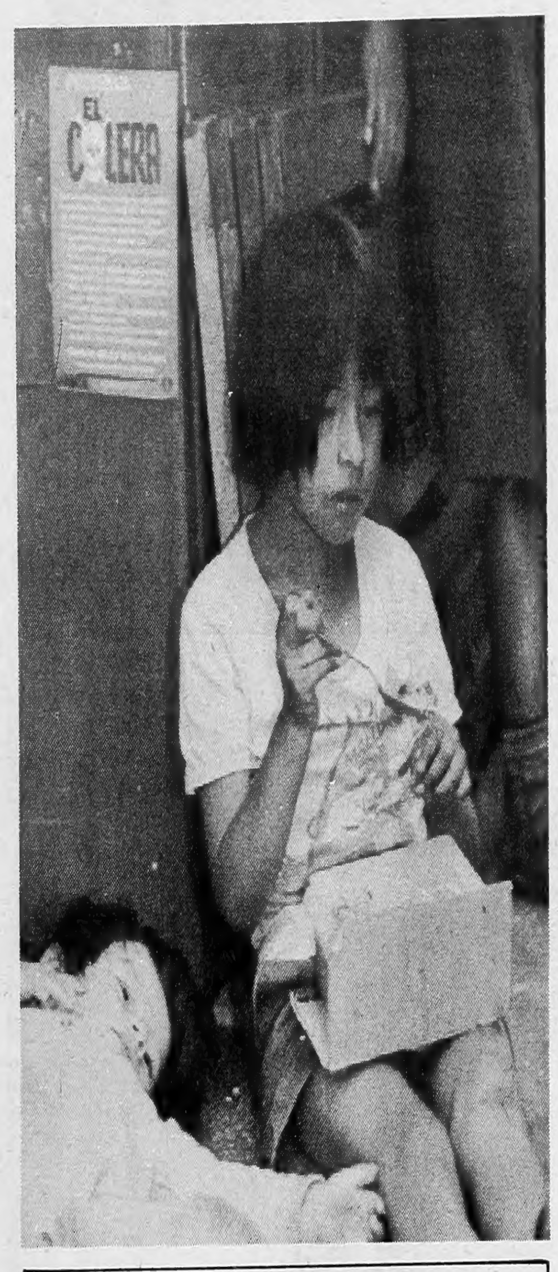
EL VIBRION MALIGNO

La Argentina es el país que marcha a la cabeza en la tasa de mortalidad por el cólera en Latinoamérica, desde que comenzó 1992 con un 5,4 por ciento, sobre un total de 278 casos registrados hasta el 31 de marzo. La mayor cantidad de muertes se registró al comienzo de la epidemia, justamente en los albores del año, y su ingreso se produjo por las fronteras del norte. Un recorrido por esa zona recoge testimonios e historias de los habitantes que conviven con el vibrión.


AFP

La epidemia del fin de siglo

EN LA FRONTERA DEL C



El 68 por ciento de los casos de cólera denunciados ante organismos internacionales de salud procede de América latina, puesta ahora a la cabeza de un sombrío ranking que antes monopolizaban Africa y Asia, considerados, por excelencia, los continentes favoritos para el desarrollo del vibrión. La misma estadística señala que es Perú, con 300 mil casos en un año, el país donde la enfermedad ha tenido mayor incidencia, en tanto la Argentina se sitúa en el noveno puesto. Sin embargo, la relación se invierte cuando se trata de cifras de mortalidad. En ese aspecto es la Argentina la que lleva la delantera con el 5,4 por ciento, un dato que no sorprende a los epidemiólogos que lo ubican en el inicio del brote en un sector especialmente desprotegido. Lo que sí desvela a los especialistas es que esa franja poblacional es la misma que verá acrecentados los riesgos cuando en mayo, para comienzos de la zafra, ingresen por el norte miles de braceros procedentes de Bolivia, país en el que la enfermedad parece avanzar en progresión geométrica.

"¿Viste? Ellos no entienden mucho", sostenía dos semanas atrás un funcionario jujeño, señalando las fincas de la localidad de San Pedro —distante unos seis kilómetros de la capital de provincia— y buscando la complicidad de los periodistas invitados a la comitiva ministerial. "Tomen agua del grifo, no de la acequia", les repetía entre tanto Stela Zamar de Gurrieri, responsable de los servicios de agua potable, a los trabajadores rurales apostados sobre la ruta provincial.

"Pero tampoco está curada", le contestó uno que traía cargada a su hija, un bebé con los ojos pegados por la conjuntivitis. "Bueno, pero igual es mejor", insistió sin convicción la funcionaria. Es que el quiebre de la industria azucarera y la

Las cifras de enfermos en el país tienen su mayor caudal en las provincias del norte, sobre todo en la zona fronteriza de Jujuy y Salta con Bolivia, desde donde ingresa el vibrión. Las autoridades están preocupadas porque se avecina mayo, mes de la zafra, en el que miles de braceros bolivianos cruzan el límite internacional en busca del trabajo temporario. Con ellos, seguramente, también vendrán nuevos casos de cólera.

sino aproximadamente diez mil trabajadores bolivianos que llegaban para el inicio de la zafra.

Según las estimaciones de los expertos locales, ese movimiento migratorio es el que va a favorecer la dispersión de la enfermedad desarticulando las medidas dispuestas por la nación para aislar la epidemia y que, sin embargo, han preferido el establecimiento de un "cordón blanco", preventivo, con equipos médicos que realizarán controles epidemiológicos fronterizos, antes de cortar el flujo de "golondrinas". La noticia produjo alivio en unos, los grandes propietarios de fincas, que contarán con los braceros necesarios, y la censura de otros, partidarios de la prohibición a partir de peculiares teorías que, muchos sospechan, en-

que, intencionales o no, fomentan la marginación. "El problema es que aquí no todos hablan castellano y el mensaje no llega —explica Juan Domingo Guzmán, que antepone su condición de médico a la de concejal justicialista—. Tampoco hay médicos que hablen quechua ni guaraní y eso dificulta la concientización."

Desde los altoparlantes de un Citroën, que ronda la plaza central de San Pedro, se pregona todavía: "No tenga miedo. Tenga cuidado". A 15 kilómetros, en una finca de San Lucas, Doña Liva repite como una alumna aplicada: "Sí, sí. Le puse tres gotitas" y sonríe satisfecha y despreocupada de su boca sin dientes. Más tarde, la troupe de periodistas descubrirá que Doña Liva ponía las tres gotitas en un tonel de 50 litros de agua. Así fue que a doña Liva García se le "jodió" el marido, internado con cólera en el Paterson. Debajo de un paraíso, rodeada de patos y gallinas, Liva intenta explicarse por qué Antonio, su marido, estaba chupado y con los ojos salto-



Con la llegada del terrible flage
la mesa de discusión otro gran
marginalidad y la miseria que existe
sector del pueblo argentino.

Gracias al cólera se descubrió, po
(Salta, Jujuy, Formosa, Chaco) vive
simple cuestión de falta de adaptac
cuestión cultural), no encajan en la
gobiernos de turno.

Los que como los maestros, los g
enfermeros compartimos a diario e
marginales, sabemos que la lucha c
tuberculosis, la deshidratación, el t

La epidemia del fin de siglo

EN LA FRONTERA DEL COLERA



El 68 por ciento de los casos de cólera denunciados ante organismos internacionales de salud procede de América latina, puesta ahora a la cabeza de un sombrío ranking que antes monopolizaban Africa y Asia, considerados, por excelencia, los continentes favoritos para el desarrollo del vibrión. La misma estadística señala que es Perú, con 300 mil casos en un año, el país donde la enfermedad ha tenido mayor incidencia, en tanto la Argentina se sitúa en el noveno puesto. Sin embargo, la relación se invierte cuando se trata de cifras de mortalidad. En ese aspecto es la Argentina la que lleva la delantera con el 5,4 por ciento, un dato que no sorprende a los epidemiólogos que lo ubican en el inicio del brote en un sector especialmente desprotegido. Lo que sí desvela a los especialistas es que esa franja poblacional es la misma que verá acrecentados los riesgos cuando en mayo, para comienzos de la zafra, ingresen por el norte miles de braceros procedentes de Bolivia, país en el que la enfermedad parece avanzar en progresión geométrica.

"¿Viste? Ellos no entienden mucho", sostenía dos semanas atrás un funcionario jujeño, señalando las fincas de la localidad de San Pedro —distante unos seis kilómetros de la capital de provincia— y buscando la complicidad de los periodistas invitados a la comitiva ministerial. "Tomen agua del grifo, no de la acequia", les repetía entre tanto Stela Zamar de Gurrieri, responsable de los servicios de agua potable, a los trabajadores rurales apostados sobre la ruta provincial.

"Pero tampoco está curada", le contestó uno que traía cargada a su hija, un bebé con los ojos pegados por la conjuntivitis. "Bueno, pero igual es mejor", insistió sin convicción la funcionaria. Es que el quiebre de la industria azucarera y la vuelta de tuerca a que serán sometidos los jujeños tras la participación argentina en el MERCOSUR ya no son los únicos temas que se discuten en las calles del pueblo. El cólera compite en el interés de los pobladores de San Pedro, una población de 60 mil habitantes que se apresta a recibir con salitas "ad hoc" a los potenciales portadores de la bacteria, los mismos que en otros años no eran

Las cifras de enfermos en el país tienen su mayor caudal en las provincias del norte, sobre todo en la zona fronteriza de Jujuy y Salta con Bolivia, desde donde ingresa el vibrión. Las autoridades están preocupadas porque se avecina mayo, mes de la zafra, en el que miles de braceros bolivianos cruzan el límite internacional en busca del trabajo temporario. Con ellos, seguramente, también vendrán nuevos casos de cólera.

sino aproximadamente diez mil trabajadores bolivianos que llegaban para el inicio de la zafra.

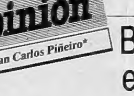
Según las estimaciones de los expertos locales, ese movimiento migratorio es el que va a favorecer la dispersión de la enfermedad desarticulando las medidas dispuestas por la nación para aislar la epidemia y que, sin embargo, han preferido el establecimiento de un "cordón blanco", preventivo, con equipos médicos que realizarán controles epidemiológicos fronterizos, antes de cortar el flujo de "golondrinas". La noticia produjo alivio en unos, los grandes propietarios de fincas, que contarán con los braceros necesarios, y la censura de otros, partidarios de la prohibición a partir de peculiares teorías que, muchos sospechan, encubren un reavivado discurso racista.

Fue el mismo Aráoz quien en el transcurso de una conferencia celebrada en el Hospital Guillermo Paterson, cerró la enardecida disputa en torno del cierre de la frontera. "No hay que cerrar la frontera —sostuvo— porque el cólera no tiene frontera. No usemos esto para discriminar." Pero no son pocas las trabas que, intencionales o no, fomentan la marginación. "El problema es que aquí no todos hablan castellano y el mensaje no llega —explica Juan Domingo Guzmán, que antepone su condición de médico a la de concejal justicialista—. Tampoco hay médicos que hablen quechua ni guaraní y eso dificulta la concientización."

Desde los altoparlantes de un Citroën, que ronda la plaza central de San Pedro, se pregona todavía: "No tenga miedo. Tenga cuidado". A 15 kilómetros, en una finca de San Lucas, Doña Liva repite como una alumna aplicada: "Sí, sí. Le puse tres gotitas" y sonríe satisfecha y despreocupada de su boca sin dientes. Más tarde, la troupe de periodistas descubrirá que Doña Liva ponía las tres gotitas en un tonel de 50 litros de agua. Así fue que a doña Liva García se le "jodió" el marido, internado con cólera en el Paterson. Debajo de un paraíso, rodeada de patos y gallinas, Liva intenta explicarse por qué Antonio, su marido, estaba chupado y con los ojos saltones. "Me parece que los vecinos lavan los pañales en esta misma acequia donde yo tomo agua. Y, además, lavan al chivo. Por eso el viejo se enfermó", descubre Liva mientras desde una radio antiquísima Les Luthiers aparecen para prometer para las tres de la mañana sus clásicas veladas culturales.

Cuando Aráoz pasó por allí no podía creer lo que veía: pozos sépticos a dos metros de la acequia, huertas regadas con aguas contaminadas. Eso sí, en ninguna casa faltaba lavandina. El ministro no paró de dar indicaciones y algunos jujeños, heridos en su orgullo, buscaron comparaciones con lo que pasaba en el Gran Buenos Aires. Otros, más cautos, apuntaban sus dardos a un coronel retirado que, dicen, ya debe estar sacando cuentas de las ganancias que le dejarán las fincas de su propiedad y donde trabaja, a merced del cólera, una multitud de familias que en mayo aumentarán a más del triple de lo habitual, con los bolivianos que entran para la zafra.

En Buenos Aires y en la capital de la provincia lo repiten hasta el cansancio: "Ellos no entienden mucho". La gente de San Pedro acepta el sanbenito pero agrega: "Eso sí: ni ladrones, ni vagos, ni mentirosos". Un pasacalle tan antiguo como el mensaje coreado desde el Citroën flamea en el centro del pueblo para despedir a los forasteros de todo pelaje. Esta vez ministros, asesores, periodistas y, en mayo, braceros bolivianos: "Que Dios te acompañe".

Opinión

Por Juan Carlos Piñeiro*

Bienvenida la enfermedad

Con la llegada del terrible flagelo que es el cólera se instaló en la mesa de discusión otro gran problema: el de la marginalidad y la miseria que existe en un cada vez más amplio sector del pueblo argentino.

Gracias al cólera se descubrió, por ejemplo, que en el norte (Salta, Jujuy, Formosa, Chaco) viven todavía indios que, por la simple cuestión de falta de adaptación (es decir, por una simple cuestión cultural), no encajan en la propuesta social de los gobiernos de turno.

Los que como los maestros, los gendarmes, policías, médicos y enfermeros compartimos a diario el hábitat de esas clases marginales, sabemos que la lucha contra las venéreas, la tuberculosis, la deshidratación, el tifus y la desnutrición es permanente. Sabemos que el cólera —que ha hecho gastar toneladas de papel, litros de tinta, horas de radio y de televisión— es la enfermedad menos maligna en cuanto al número de casos fatales que produce en la zona.

Sabemos también que el cólera se desarrolla en los lugares más críticos, donde el grado de marginalidad es mayor, pero también que el vibrión colérico tiene la ventaja de ser capaz de subir a un avión y trasladarse a países que hace mucho tiempo integran el "Primer Mundo" y causar "dolorosas pérdidas de vidas" en sectores de las clases altas. Porque el vibrión demostró no respetar barreras, es la desesperación por controlarlo. En cambio, el hambre, enquistado en las clases sociales que nunca podrán subir a un avión, en las que causa estragos sistemáticamente, no resulta preocupante.

Por causa del cólera, doce muertos lograron lo que cientos de niños, muertos por desnutrición antes de cumplir los 5 años no consiguieron; es decir, que ciertos sectores descubran que en nuestro bendito país existe la miseria, que hay argentinos que padecen hambre y enfermedades infectocontagiosas que matan a muchos seres desde hace años, que no hay agua potable ni cloacas para gran parte de la población. En síntesis, el cólera ha hecho que los distraídos de siempre tomen conciencia que hoy, a las puertas del siglo XXI, un muy grande sector poblacional vive en condiciones infrahumanas.

Por eso, bienvenido el cólera.

** Vicedirector de la Escuela N° 438 Modalidad Aborigen - Ingeniero Juárez Formosa*

COLERA

nes. "Me parece que los vecinos lavan los pañales en esta misma acequia donde yo tomo agua. Y, además, lavan al chivo. Por eso el viejo se enfermó", descubre Liva mientras desde una radio antiquísima Les Luthiers aparecen para prometer para las tres de la mañana sus clásicas veladas culturales.

Cuando Aráoz pasó por allí no podía creer lo que veía: pozos sépticos a dos metros de la acequia, huertas regadas con aguas contaminadas. Eso sí, en ninguna casa faltaba lavandina. El ministro no paró de dar indicaciones y algunos jujeños, heridos en su orgullo, buscaron comparaciones con lo que pasaba en el Gran Buenos Aires. Otros, más cautos, apuntaban sus dardos a un coronel retirado que, dicen, ya debe estar sacando cuentas de las ganancias que le dejarán las fincas de su propiedad y donde trabaja, a merced del cólera, una multitud de familias que en mayo aumentarán a más del triple de lo habitual, con los bolivianos que entran para la zafra.

En Buenos Aires y en la capital de la provincia lo repiten hasta el cansancio: "Ellos no entienden mucho". La gente de San Pedro acepta el sanbenito pero agrega: "Eso sí: ni ladrones, ni vagos, ni mentirosos". Un pasacalle tan antiguo como el mensaje coreado desde el Citroën flamea en el centro del pueblo para despedir a los forasteros de todo pelaje. Esta vez ministros, asesores, periodistas y, en mayo, braceros bolivianos: "Que Dios te acompañe".



Gustavo Gilabert

Bienvenida la enfermedad

o que es el cólera se instaló en
problema: el de la
en un cada vez más amplio

r ejemplo, que en el norte
n todavía indios que, por la
ón (es decir, por una simple
propuesta social de los

endarmes, policías, médicos y
hábitat de esas clases
ontra las venéreas, la
fus y la desnutrición es
—que ha hecho gastar
horas de radio y de televisión—
cuanto al número de casos

desarrolla en los lugares más
lidad es mayor, pero también
aja de ser capaz de subir a un
e mucho tiempo integran el
osas pérdidas de vidas" en
el vibrión demostró no respetar
ntrolarlo. En cambio, el
ciales que nunca podrán subir a
sistemáticamente, no resulta

os lograron lo que cientos de
tes de cumplir los 5 años no
ectores descubran que en
a, que hay argentinos que
fectocontagiosas que matan a
no hay agua potable ni cloacas
n síntesis, el cólera ha hecho que
nciencia que hoy, a las puertas
or poblacional vive en

** Vicedirector de la Escuela N° 438*
Modalidad Aborigen - Ingeniero Juárez
Formosa

EL ETERNO RETORNO

AFP

El cólera entró por el norte y se instaló, pero su presencia en el mundo reconoce orígenes descuidados por la premura informativa en correr de tantos casos, tantas muertes y tantas palabras oficiales. Es bueno, por lo tanto, reconocer que este tipo de enfermedades tienen puntos de contacto muy firmes con los procesos históricos, los movimientos políticos y las condiciones sociales de las poblaciones que las padecen.

(Por Roberto Bobrow) El cólera llegó a la Argentina. La epidemia parece haber encontrado al país desprevenido, como ante un desastre natural del orden de los terremotos. Casi cuarenta años antes ocurrió algo similar con la poliomielitis, como si viviéramos fuera de la historia, condenados a repetir cíclicamente los mismos gestos, como en los mitos orientales del "eterno retorno". Este parece ser el destino de los pueblos que han renunciado a invertir sus esfuerzos en infraestructura (energética, sanitaria), viviendo en y para el presente inmediato, sujetos a "las fuerzas de las naturaleza" o a lo que otros decidan en su lugar. Pero admitamos que éste no es un "privilegio" nacional; algo similar está ocurriendo a nivel global, en un mundo que va trazando cada vez más nítidamente la frontera entre los privilegiados y los excluidos, los que se "caen" de la historia. Aunque no siempre fue así.

El siglo XIX fue, sin dudas, el siglo "histórico" por excelencia. Tanto las masas populares como las elites dirigentes tomaban conciencia, desde fines del siglo anterior, de que el futuro podía adoptar la forma y carácter que su tenacidad, coraje o astucia fuesen capaces de otorgarle. La inmensidad de las potencialidades humanas que la Revolución Industrial había puesto al descubierto parecía garantizarlo.

La pasión por el futuro alimentó una equivalente pasión por el pasado, entendido como el oráculo retrospectivo que inevitablemente debía prefigurar la realidad o el proyecto deseados. Hacia el fin del siglo, este convencimiento adoptó entre las burguesías rectoras la forma del "historicismo". Este puede ser caracterizado como la actitud para la cual si las cosas han ocurrido así es porque así debían ser. Que "todo lo real es racional" (según la conocida fórmula de Hegel) se transformó en el credo de los vencedores; su fe, el Progreso y su ciencia, el Positivismo.

Sin embargo, para las masas agrupadas y organizadas por esa misma Revolución Industrial, el Progreso tardaba en traer sus beneficios. Sin renunciar a participar en la fe progresista, trasladaron sus esperanzas escatológicas al futuro; el socialismo fue su esperanza y el marxismo su evangelio.

Con los desastres que acompañaron al nuevo siglo esas seguridades empezaron a desvanecerse: primero la fe en el Progreso y —ante nuestros ojos— en el socialismo. Se abrió, entonces, el tiempo de otras nociones de lo histórico; las concepciones irracionalistas reclamaron su lugar, siguiendo los pasos de Nietzsche. Para los intelectuales, el psicoanálisis significó —si no un consuelo— al menos una sofisticada explicación del "malestar en la cultura". Para el resto quedaba el auge del tarot, la astrología y otras artes adivinatorias, cuando no el refugio en los diversos misticismos religiosos occidentales u orientales.

En un mundo dominado por las grandes corporaciones que se dividen los mercados y deciden las estrategias de inversión atravesando las fronteras soberanas de los Estados, las utopías movilizadoras parecen haberse congelado en la inoperancia y con ellas la Historia como proyecto social provisto de significado. Si no estamos ante el definitivo "Fin de la Historia", habrá que admitir con Umberto Eco que se trata, al menos, de una "Nueva Edad Media"; con la consiguiente reducción del espacio ocupado por la racionalidad clásica de la Modernidad a manos del que Mircea Eliade llamara "pensamiento arcaico". De sus características retengamos, por el momento, el rechazo al "terror" de la historia, transformando los acontecimientos en categorías y los personajes históricos en arquetipos; de este modo, si no es posible dominar la historia, al menos puede ser conjurada de sus efectos angustiantes, reintegrándolos a un orden de modelos inmutables en el que "lo que pasa no es más que lo que ya pasó antes y siempre pasará".

La República Argentina fue el país que más completa y precozmente se integró al mercado mundial con una estructura de negocios oligopólica dependiente. Por ese entonces el fuerte empuje modernista que parecía impulsar a sus dirigentes llevó a Ortega y Gasset a declarar: "El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras: quiere un destino peraltado, exige de sí mismo un destino soberbio. No le sabría una historia sin triunfo y está resuelto a mandar". La construcción de las Obras Sanitarias parecía alejar para siempre el fantasma de epidemias como la de la fiebre amarilla, propia de sociedades atrasadas. Hasta 1930, al menos, una sociedad confiada en la "historia".

Al cambiar las condiciones internacionales esta estructura dejó de ser funcional para el crecimiento, sirviendo sólo a efectos defensivos en una permanente puja distributiva por el reparto de una economía estancada. La convicción de que el futuro no ofrece perspectivas se extendió a las distintas capas del cuerpo social antes aun que en los países avanzados.

La primera en defeccionar fue la elite oligárquica, refugiándose en un régimen cínicamente insolidario; a su turno, las masas asalariadas se integraron al paternalismo peronista. Las clases medias y las elites intelectuales, tras largos años de dudas y oscilaciones ciclotímicas, parecen haberse integrado también. Los pueblos, dicen, tienen los gobiernos que merecen; por lo menos, si los han elegido libremente.

Entregándose a la clarividencia providencial de unos pocos redentores, renunciando a construir una fuerza alternativa en torno de un proyecto de sacrificios colectivos orientados a la inversión pública con vistas a un futuro gobernable por la propia sociedad, la Argentina parece desmentir la visión de Ortega y justificar los temores de Eliade de que: "Cuanto más se agrave el terror a la historia, cuanto más precaria se haga la existencia debido a la historia... no sería extraño que no fuese dado asistir a una tentativa desesperada para prohibir 'los acontecimientos de la historia' mediante la reintegración de las sociedades humanas en el horizonte (artificial, por ser impuesto) de los arquetipos y su repetición".(1)

Para que los "acontecimientos" dejen de ser una fatalidad, será necesario que dejemos de seguir a los héroes salvadores, asumiendo, en cambio, las responsabilidades colectivas inherentes a cualquier sociedad con proyección "histórica". ¿Seremos capaces?

(1) Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno*. Alianza, páginas 140-1.